

Ryukichi Terao:

“América Latina es una mina inagotable”

En: Gregory Zambrano, *El horizonte de las palabras (La literatura hispanoamericana en perspectiva japonesa)*, Tokio, Instituto Cervantes de Tokio, 2009, pp. 58-67.



Ryukichi Terao nació en Nagoya, en 1971. Profesor e investigador en la Universidad Ferris, Yokohama. Doctor en Estudios Latinoamericanos por la Universidad de Tokio. Ha sido investigador y docente en varias instituciones académicas de América Latina, como El Colegio de México (1997-1998), la Universidad de Los Andes de Colombia (2001-2002) y la Universidad de Los Andes de Mérida, Venezuela (2002-2003). Traductor de la obra de los escritores japoneses Junichiro Tanizaki, Kobo Abe, Yasunari Kawabata, entre otros. Ha colaborado en varias revistas académicas de Japón, México, Colombia y Venezuela con estudios sobre autores como Gabriel García Márquez, Carlos Fuentes, Mario Vargas Llosa y Augusto Roa Bastos. Ha publicado los libros *Literaturas al margen* (2003), y *La novelística de la violencia en América Latina* (2005).

¿Cómo empezó su relación con la lengua castellana y su literatura?

Es una larga historia. En la universidad estudié español. Tempranamente tenía un gran interés en la literatura latinoamericana. Había empezado a leer varias obras de la literatura mexicana, especialmente sobre la novela de la revolución y en particular, algunos libros de José Revueltas. Ese fue mi primer contacto con la literatura mexicana.

¿Y tuvo en ese entonces la oportunidad de viajar a México?

Así fue. Mi primera estadía latinoamericana fue en México. Estuve un año, entre 1992 y 1993. Viví en Guadalajara y disfruté mucho de los detalles de la vida mexicana, en todos los sentidos. Escribí la tesis de licenciatura y avancé hacia la maestría. Quería seguir investigando en torno a la literatura mexicana y me dediqué a estudiar la obra de Agustín Yáñez, Juan Rulfo, Carlos Fuentes, y sobre estos autores escribí mi tesis de maestría. En 1996 ingresé al doctorado en la Universidad de Tokio y cuando llevaba un año de estudios volví a México y permanecí allí durante un año. En esa ocasión estuve en El Colegio de México. Allí me dediqué a investigar sobre obras mexicanas de los años 60. Cuando regresé a Japón comencé a escribir artículos académicos. Escribí sobre *La muerte de Artemio Cruz*, de Carlos Fuentes. Fue mi primer artículo académico, que se publicó en una revista de la Asociación de Hispanistas de Japón, en 1998. Luego lo reelaboré para la revista *Voz y escritura* de la Universidad de Los Andes, en Venezuela, y se publicó en el año 2000. Posteriormente, me dediqué a explorar un poco más sobre la literatura argentina y la literatura fantástica del sur. Comencé a hacer comparaciones entre el realismo mágico y la literatura fantástica, así hice un trabajo sobre *El reino de este mundo*, de Alejo Carpentier y *La invención de Morel*, de Adolfo Bioy Casares, y escribí un segundo artículo, que se publicó en una revista de la Universidad de Tokio.

Entonces ¿comenzó a estudiar literatura argentina antes de visitar ese país?

Sí, aunque había estado una vez en Argentina. En febrero de 1998 visité durante unos pocos días Buenos Aires, pero fue un paseo turístico, en ese entonces no tenía la intención de hacer investigación sobre la literatura argentina.

¿Qué marcó su interés en la literatura latinoamericana? ¿qué buscaba?

Me interesaba la lengua castellana, y con esto también la literatura latinoamericana, que es completamente diferente de la literatura japonesa. En la literatura de América Latina se pone de manifiesto el estado político social. Eso está representado en casi toda la literatura de los países latinoamericanos y es lo que más me interesa.

Entre los autores que ha leído, ¿cuáles cree que plantean de manera más abierta la problemática latinoamericana?

El autor que refleja más el aspecto político es Mario Vargas Llosa. Es un autor que me interesa mucho. Su actitud política me parece cuestionable en este momento, pero sus obras me parecen muy interesantes. *La casa verde*, *La ciudad y los perros*, *Conversación en La Catedral*, entre otras. Esta última es una novela muy política, ambientada en la dictadura de Manuel Arturo Odría en el Perú. Entonces, en ese sentido, me sigue interesando la literatura de Vargas Llosa, pero hasta ahora he escrito sólo un artículo sobre su obra.

¿En qué sentido cuestiona la posición política de Vargas Llosa en este momento? ¿A qué se refiere exactamente?

Bueno, me refiero a su excesiva confianza en el sistema democrático del mundo occidental; creo que se podrían ver otros caminos sin aferrarse demasiado a ese modelo, pues pareciera mostrarlo de manera conformista.

Pero eso obedece a su trayectoria liberal, como un hombre que reflexiona constantemente sobre lo político, lo social y lo literario, convirtiéndose en una especie de conciencia liberal del mundo contemporáneo.

Sin lugar a dudas es un hombre muy inteligente y perspicaz para captar la realidad latinoamericana, aunque podría criticarse por ser conformista. De todas maneras la calidad de su obra se mantiene, independientemente de su posición política: él escribe muy bien. Tal vez su posición política se relaciona también con su mirada de la historia latinoamericana. Por ejemplo, ha hecho un excelente trabajo de investigación sobre el periodo de la dictadura de Rafael Leónidas Trujillo, que es la base donde se sustenta su novela *La fiesta del chivo*.

Sus trabajos para la licenciatura y la maestría en Letras corresponden a sus estadías y la investigación desarrollada en México, ¿cómo perfiló luego su doctorado?

En los primeros cuatro años estuve divagando, tratando de despegar un poco de México pues sentía que estaba arraigado allí. Necesitaba buscar puntos de comparación y entonces comencé a trabajar autores no mexicanos. En 1999 decidí salir de Japón y el gobierno colombiano me otorgó una beca que me permitió estar en Bogotá, en el Instituto Caro y Cuervo. Pasé dos años leyendo, investigando sobre literatura colombiana. Me dediqué a seguir los cursos que impartía el Instituto y no pude avanzar mucho en la investigación. Yo tenía la idea de hacer la tesis basada en comparaciones entre varios países. Ya conocía el caso de México, conocía el de Colombia, y en 2002 me aprobaron un programa de investigación en Japón. Me dieron un financiamiento para continuar el trabajo. La Sociedad para la Promoción

de las Ciencias de Japón (JSPS), me otorgó un financiamiento de tres años y decidí marcharme de Colombia e irme a Venezuela. Tenía varios amigos en Venezuela y me fui a Mérida, a la Universidad de Los Andes, donde me recibieron en muy buenas condiciones y me dediqué a estudiar la novela venezolana.

¿Cuáles fueron sus puntos de comparación entre las obras de los tres países y sus respectivos procesos literarios?

En Colombia viví muy de cerca el problema social y político que refleja su novelística, y que está presente en la novela latinoamericana. Comencé la búsqueda de novelas que se escribieron como reacción a un hecho histórico particular. En el caso de Colombia, el de la novela de la violencia. Luego fui a Venezuela y noté que había un fenómeno parecido, reconocido como “novela de la violencia”, que corresponde a los años 60, y encontré coincidencias, estableciendo nexos entre los problemas históricos de esos dos países. Ese fue el eje de mi investigación, desde los estudios comparados.

¿Usted ha hecho una investigación paralela o era parte del proyecto inicial sobre su tesis doctoral? ¿Cómo fue confluyendo la definición de sus intereses y lo que iba encontrando en la investigación?

Yo hacía la investigación para la JSPS y para la tesis, ambas eran búsquedas paralelas, pero se juntaron al final pues mi obligación era escribir un libro. La tesis parte de esa misma experiencia, variando los enfoques. Como se dice, maté dos pájaros de un tiro, acabé la tesis y el proyecto. Y así se publicó en Venezuela el libro *Narrativa de la violencia en América Latina* (2005), que compara tres fenómenos: la novela de la revolución mexicana con la novela de la violencia en Colombia y Venezuela; comparo los tres fenómenos y comparo tres novelas de cada país. De México, *La muerte de Artemio Cruz*, de Carlos Fuentes; *Los de abajo*, de Mariano Azuela, y *El luto humano*, de José Revueltas. De Colombia, *Cóndores no entierran todos los días*, de Gustavo Álvarez Gardeazábal; *Viento seco*, de Daniel Caicedo, y *El coronel no tiene quien le escriba*, de Gabriel García Márquez. De Venezuela tomé *País portátil*, de Adriano González León, *Se llamaba SN*, de José Vicente Abreu, y *La muerte de Honorio*, de Miguel Otero Silva.

¿Y qué buscaba con esa investigación?

Yo quería estar a la vanguardia, pues en Japón no se hacía mucha investigación académica sobre la literatura latinoamericana. Hay excelentes traductores que nos han permitido conocer importantes novelas, y han escrito las presentaciones de las mismas, pero no se han realizado muchas investigaciones a fondo, así que yo quería dar un paso adelante.

Otro aspecto importante de su trabajo es la labor como traductor. Es fundamental la mediación entre la cultura japonesa, a partir de su profundidad, sus valores ontológicos y estéticos, y otros idiomas; por ello me interesa destacar el proceso de apertura hacia otros lectores...

¿cómo asume su labor como traductor en esa tarea de crear puentes de comunicación intercultural?

Al principio no me interesaba la tarea de traducir del español al japonés, pero ahora sí lo hago. Al comienzo rechazaba trabajos de traducción pues, como decía, me interesaba más dedicarme a la investigación, es decir, conocer la literatura latinoamericana y ofrecer resultados. Sin embargo, siempre tuve la conciencia de que necesitaba escribir en español, y eso fue lo que hice. Me costó mucho trabajo, obviamente, porque una cosa es leer y otra es escribir. Finalmente, empecé a traducir de manera más formal gracias a una oportunidad que tuve en Colombia. Ahí motivé un taller con estudiantes que acababan de culminar sus cursos de lengua japonesa. Era un taller de traducción con seis estudiantes. Querían avanzar en el conocimiento de la lengua y traducir del japonés al español, así que seleccioné algunos textos literarios: de Yasunari Kawabata, de Yukio Mishima, entre otros. El taller fue satisfactorio y logramos traducir varios cuentos, como “El trompo”, de Mishima, “El mago”, de Ryunosuke Akutagawa, que se publicaron en México, en la revista *Textos*. Así seguí haciendo traducciones, y en el 2002, cuando ya me fui de Colombia hacia Venezuela, llegué a Mérida y me puse en contacto con el escritor Ednodio Quintero, quien se interesó en los cuentos de Kawabata que yo había traducido. Eran cuentos breves, de dos páginas. Seguí haciendo traducciones poco a poco, pues lo que yo quería era mejorar mi estilo de escritura en español. Estando en Venezuela, a Ednodio Quintero se le ocurrió hacer un libro juntando cuentos de Junichiro Tanizaki. La idea me interesó porque Tanizaki es un autor que a mí me gusta mucho, así que comencé a hacer las traducciones. Yo regresé a Japón y me dediqué a escribir la tesis en español, y para aprender a escribir también seguí haciendo las traducciones de Tanizaki. Traduje un cuento titulado “Una flor azul”. Es la historia de un hombre cuarentón que sale con una chica de dieciséis años. Pasea con ella, le compra todo lo que necesita, hasta la ropa interior; le llena el armario, y entonces me dije: voy a hacer una travesura a ver qué dice Ednodio. Lo traduje y se lo envié por correo electrónico, él me mandó felicitaciones. Ahí comenzó el trabajo, luego seguí traduciendo cuentos. Seguí con “Una confesión”, y otros, en total traduje siete cuentos. Cuando volví a Venezuela los revisamos juntos, los leíamos en voz alta y en el computador, Ednodio me detenía para corregir una palabra, para cambiar otras, fue una experiencia muy grata y así fui mejorando mi escritura. Esa fue la motivación que luego culminó con la publicación del volumen *La historia de la mujer convertida en mono*, editado por Bid & co. en Venezuela.

Y ahora ¿qué planes tienen?

Ahora tengo listos siete cuentos más, que Ednodio está corrigiendo y esperamos preparar otro volumen con cuentos de Tanizaki. Tenemos otras dos novelas cortas de Tanizaki: *Jotaro, el masoquista* y *La tristeza de un hereje*. Ya terminé de traducirlas. Se las he enviado a Ednodio y en algún lugar del mundo nos reuniremos para revisarlas y repetir la experiencia, que para mí fue muy grata y me enseñó mucho.

**¿Cómo es su experiencia ahora como investigador y docente en Japón?
¿Intenta motivar el interés de sus alumnos por los asuntos latinoamericanos?**

Estos son aspectos muy interesantes. Con los estudiantes hemos trabajado intensamente porque creo que en estos momentos hay muy poco interés en la literatura de América Latina. Hay muchos alumnos que estudian español, pero sólo les interesa el idioma. A los japoneses siempre les inquieta y motiva aprender un idioma extranjero, pero lamentablemente tienen poco interés en el aspecto cultural; muchas veces les interesa, por ejemplo, la obra de pintores como Gaudí, Dalí o Picasso, pero ahí se quedan; hay una mina inagotable en América Latina pero se mira muy poco hacia ella.

¿Por qué cree que pasa esto?

Lamentablemente hay pocos libros publicados en Japón sobre la cultura latinoamericana; no se han hecho investigaciones a fondo y falta mucho camino por recorrer. Sí se consiguen libros de información muy general, que reúnen comentarios ocasionales, principalmente sobre algunos personajes de la historia o la política.

En su caso personal, ¿llega a la literatura de América Latina porque alguien le avivó el interés, por ejemplo algunos de sus profesores? La labor de los profesores es clave para encontrar el interés de los estudiantes y canalizarlo, entonces ¿cómo influyeron sus maestros en esa vocación?

Yo empecé a estudiar español en la Universidad. Fue azaroso pero de todas maneras empecé a estudiar español y me fue bien. Ahí nació mi interés en la literatura latinoamericana. Desde pequeño me interesaba la literatura japonesa e inglesa, pero cuando me relacioné con el español, comprendí que había una literatura muy interesante en América Latina. Comencé a hacer la carrera en Estudios Latinoamericanos. Hay que decir que sólo la Universidad de Tokio tiene un Departamento de Estudios Latinoamericanos. Y es un departamento muy curioso, pues dan cursos sobre diversos aspectos de la cultura, política, sociología, economía, etcétera, y después cada uno de los alumnos decide su área. A mí siempre me interesó la literatura, por ello decidí especializarme en este campo, y ahora puedo considerarme un profesional en el área de estudios latinoamericanos. Soy latinoamericanista, con un título académico, que me ha permitido estar vinculado con el mundo latinoamericano, estudiar su política, su historia, entre otros aspectos.

Los profesores de la generación anterior sin duda han hecho aportes, y ciertamente hay una generación que se está formando con un sentido más abarcante, ¿podría decir cómo es que está cambiando este aspecto? Sus esfuerzos como académico ¿cómo están contribuyendo en ese sentido?

Creo que de manera diversa. Hice una investigación, escribí la tesis, la publiqué, viajo constantemente a América Latina. Eso ha generado interés en los jóvenes. Es el caso de Gen Yamabe, quien está haciendo estudios sobre la literatura cubana contemporánea; igualmente Kazunori Hamada, quien tiene la experiencia de haber estado por lo menos un año o dos en América Latina.

Usted es un pionero en ese sentido, al vincular la investigación con la traducción, la escritura y difusión de artículos y otros trabajos académicos.

Digamos que sí. Yo mantengo contacto con varios académicos de América Latina. Leo sus investigaciones, me mantengo actualizado. He viajado a un buen número de países. Se puede notar que en la política hay mucho interés, en la economía también. En la sociología y la arqueología, sobre todo, hay muchísimos japoneses que están haciendo aportes en Perú, en México. Hacen trabajos de campo, han hechos descubrimientos importantes, sin embargo, en la literatura ha sido distinto, digamos que hay un grupo de investigadores japoneses que tienen un gran interés, pero todavía es pequeño.

Recientemente ha hecho investigaciones sobre el realismo mágico, ¿qué motivó ese trabajo? ¿cuál es su propio horizonte de expectativa frente a su posible recepción?

La idea originalmente fue del profesor Tadashi Tsuzumi; él me motivó a escribir un libro sobre el realismo mágico. Quizás se debió al interés que en Japón se ha despertado y se mantiene en torno a la obra de Gabriel García Márquez. Él ha hecho traducción de buena parte de la obra del escritor colombiano; también otros traductores se están ocupando de García Márquez. Aquí se ha publicado la mayor parte de su obra, como *Cien años de soledad*, *La mala hora*, *El coronel no tiene quien le escriba*... los libros de García Márquez se venden muy bien.

¿Cuál es el autor latinoamericano más traducido y leído en Japón?

Sin duda es García Márquez.

¿Y Borges?

También Borges, pero en menor escala, aunque hay una Asociación de Estudios Borgianos, que hace una importante labor de difusión, no se puede comparar con García Márquez.

Entonces ¿se trata de un problema de mercado? ¿Qué se debe hacer para que los editores se interesen en publicar estudios y obras de autores latinoamericanos?

Un importante sector que se debe atender es el público universitario, pero la literatura latinoamericana es tan diferente de la literatura japonesa, que los muchachos se desorientan. Hace falta una buena introducción, saber escoger las obras, tener en cuenta que hay muchos aspectos de la cultura que se tienen que explicar, por eso es muy importante la labor en el aula de clases. Aunque sean grupos pequeños, cuando un estudiante logra conectarse con la obra de un autor, va con mucho interés a conocer, no sólo su literatura, sino a entender los problemas sociales y políticos que se muestran en esa literatura. Hay estudiantes que se emocionan al leer a García Márquez, a José Emilio Pacheco, a Borges, a Manuel Puig, pero hace falta una buena introducción de parte de los profesores, y para lograr eso el profesor tiene que ser un buen investigador.

¿Cómo define lo de buenas obras, cómo determina la calidad de una obra?

Esa es una pregunta muy difícil de responder. Si pudiera explicarlo, creo que ya no tendría que seguir estudiando la literatura. Eso es un misterio. ¿Cuáles son los cuentos o las novelas que se deben leer? Esa es una búsqueda, pienso que son buenos porque a mí me emocionaron.

Ahora, en la fase de traducción del japonés al español, que le ha permitido constatar el interés de los lectores por la obra de autores clásicos como Junichiro Tanizaki, ¿no se ha propuesto traducir al japonés algún autor latinoamericano?

Sí, soy un traductor bilateral, del español al japonés y del japonés al español; hasta ahora he traducido algunos cuentos. Recientemente se publicó la traducción que hice de *El escritor y sus fantasmas*, de Ernesto Sábato. En los años ochenta se tradujeron obras que en verdad no eran muy importantes, aunque sí interesantes, como *Gazapo* de Gustavo Sainz. Pero creo que no tuvo mucho impacto en Japón.

La literatura es un hecho muy dinámico, y obliga a mantener cierta actualización. Le menciono un fenómeno curioso. Por ejemplo en algunos países de Europa, sobre todo en algunos espacios académicos de Francia, se siguen leyendo a los autores del “boom”, como si todo se hubiese detenido ahí. He notado en Japón que ocurre algo similar, como si se hubiese cerrado la dinámica del mundo editorial, con algunas excepciones, y hay poco interés en autores más recientes.

Sí. Eso pasa en Japón también. Aquí tal vez se deba a la carencia de investigadores actualizados. En este momento hay muy pocos investigadores que estén leyendo a autores como Roberto Bolaño. La mayoría de los investigadores ignoran quién es Rodrigo Rey Rosa, o lo que escribe Horacio Castellanos Moya, cuyas novelas son muy interesantes. Entonces, el problema de la actualización es bastante grave en este país, es por esto que a veces se equivocan en la selección y traducen obras que ya nadie lee en América Latina. Pero creo que eso ahora está cambiando. Tiene que

ver con la constante visita a Japón de autores latinoamericanos que están en plena producción y que tienen un reconocimiento importante, como Sergio Pitol, Rodrigo Rey Rosa, Luisa Valenzuela, Juan Gelman, Santiago Roncagliolo o Juan Villoro, quienes han visitado recientemente Japón.

¿Cómo ha sido esa experiencia de traer a estos escritores y luego crear espacios para el diálogo, para el intercambio con los lectores, con los estudiantes?

Tengo la fortuna de haber conocido a varios escritores en América Latina. Sobre todo novelistas, y he buscado una retroalimentación entre América Latina y Japón. Afortunadamente hay muchos escritores que quieren venir a Japón. Muchos están interesados en la cultura japonesa, en sus tradiciones. También nosotros tenemos interés en conocer la literatura latinoamericana. Nosotros, felizmente, contamos con el apoyo de instituciones, como la Fundación Japón, que nos ayudan en eso. Aprovechamos que estos autores estén dispuestos a venir y eso facilita el intercambio. Afortunadamente, desde mi espacio académico en la Universidad de Ferris, he logrado establecer diversos nexos institucionales que han ayudado mucho. Cuando vino Ednodio Quintero, se abrió una posibilidad muy interesante pues se trata de autores que pueden quedarse en Japón por un año, e interactuar con nosotros, vincularse a nuestros proyectos. Y así hemos ido contactando a otros autores, como Rodrigo Rey Rosa o Sergio Pitol. En el futuro queremos traer a otros como César Aira. También en eso nos ayudan la Fundación Japón y el Instituto Cervantes. Antes han venido autores muy reconocidos como Elena Poniatowska, Mario Vargas Llosa, Octavio Paz; también vinieron Manuel Puig, Jorge Luis Borges y Gabriel García Márquez. En esas oportunidades los escritores dieron una conferencia abierta al público, pero no fue equitativo. Los profesores tenían una adoración por el escritor, no le hacían preguntas críticas. Mi interés ahora es que se pueda interactuar con investigadores y estudiantes, que haya debate, que no nos veamos como con demasiada humildad. De lo que se trata es de generar una interacción, un espacio que propicie el diálogo, la conversación.

Cuando habla de la literatura latinoamericana privilegia la narrativa, pero ¿qué pasa con la lectura de los grandes poetas: César Vallejo, Pablo Neruda, Octavio Paz, Vicente Huidobro, Eugenio Montejo, Jaime Sabines...? ¿se lee poesía de América Latina en Japón?

A mí, personalmente, me interesa y me seduce más la narrativa, tanto la latinoamericana como la japonesa. Lo que pasa es que el tiempo es finito, y hay tanto qué leer de la narrativa. Sin embargo, sí he leído a poetas como José Martí, y Pablo Neruda me interesa mucho. Pero no he hecho investigación sobre la poesía. Seguramente ahí interviene mi formación como latinoamericanista, pues tengo mayor interés en los aspectos políticos y sociales de la literatura latinoamericana, y eso es más difícil de encontrar en la poesía.

Y ¿qué me dice del ensayo latinoamericano? ¿le interesa la obra de los ensayistas?

Me interesa Alfonso Reyes, lo he leído bastante, pero tampoco ha sido sujeto de mis investigaciones; sí, he tenido en cuenta algunos enfoques del ensayo para mis trabajos.

En su caso hay una elección privilegiada de la narrativa, pero la literatura de América Latina es mucho más compleja de lo que parece a simple vista. Encontramos grandes poetas que son grandes ensayistas, como Octavio Paz, o grandes novelistas que son importantes ensayistas, como Mario Vargas Llosa.

Sí claro, esos son buenos ejemplos; sin embargo esa idea del humanista es mucho más compleja y difícil de alcanzar, pues se van dando necesariamente los casos de especialización; ahora es difícil encontrar en una sola persona a un gran ensayista, un gran poeta y un gran narrador...

¿Recuerda cuál fue la primera novela latinoamericana que leyó?

La casa verde, de Vargas Llosa; la leí en japonés. El primer cuento que leí en español se titula “El presupuesto”, de Mario Benedetti, y está incluido en su libro *Montevideanos*.

De los autores latinoamericanos que ha leído, en definitiva, ¿a cuál prefiere?

Creo que mi autor preferido es García Márquez, un autor que he estimado mucho, desde siempre. Para escribir mi libro sobre el realismo mágico tuve que leer toda su obra. *El otoño del patriarca*, *El coronel no tiene quien le escriba*...recientemente releí por tercera vez *Cien años de soledad*, y me sigue pareciendo una obra fascinante.